

PREGÓN DEL CORPUS CHRISTI

TOLEDO 1991



Prof. Dr. D. Luis Arroyo Zapatero
Rector Magnífico
de la Universidad de Castilla-La Mancha

PREGÓN DEL CORPUS CHRISTI

TOLEDO 1991



**UNIVERSIDAD DE
CASTILLA-LA MANCHA**

PREGÓN DEL CORPUS CHRISTI

TOLEDO 1991

*Prof. Dr. D. Luis Arroyo Zapatero
Rector Magnífico
de la Universidad de Castilla-La Mancha*

Edita: UNIVERSIDAD DE CASTILLA-LA MANCHA
Depósito Legal: CR-938-1991
Imprime: CRÓNICAS *de La Mancha*
CIUDAD REAL

Pronunciar el Pregón de las Fiestas del Corpus Christi de Toledo es para todos una llamada a la alegría, para quien lo pronuncia, un timbre de honor. Aún lo es más para mí: los ilustres pregoneros que me precedieron fueron, bien toledanos de nación, bien toledanos de adopción. Yo, tan sólo, lo soy de vocación, por ello resulta para mí doble timbre de honor, que agradezco en propio nombre y en el de la Universidad que presido.

No hacen falta cualidades de excepción para que despierte en el hombre vocación por Toledo, y aún menos para quien, como profesor universitario, tiene por llamada interior la querencia por la Historia de nuestro pueblo y de nuestra cultura. España, su historia, de grandeza y de miseria, no se comprende sin Toledo, y Toledo, la historia de sus hombres y sus cosas, es el mejor

soporte para el conocimiento de nuestra historia general.

Lo sé desde bien temprano. Mi abuelo Emilio me dejó en la herencia material tres valiosos objetos: su estilográfica de Cate drático, la monumental Biblioteca de Autores Españoles de la Academia y un librito encuadernado en piel azul que embellecía las páginas en ruda edición de postguerra del *Elogio y nostalgia de Toledo*, de don Gregorio Marañón. Sabía que yo había disfrutado de él en mis tiempos de estudiante vallisoletano, cuando nada permitía augurar que mi destino pudiera llevarme a regir los destinos de la vida académica de la ciudad del Tajo.

Bien fácil es, teniendo en ello por Maestro a don Gregorio Marañón, quedar prendado de la magia de Toledo, tan sencillo como a él le resultó, de la mano de otro gran

presentador de Toledo: Don Benito Pérez Galdós, cuyo singular amor por esta ciudad le inspiró la sencilla joya literaria sobre el misticismo español, que es su *Angel Guerra*. ¡Cómo hubiera festejado don Benito la publicación que este año se ha hecho de los dos monumentos bibliográficos de Toledo!: *Conventos de Toledo* de doña Balbina Martínez Caviro y la obra colectiva, en dos impresionantes volúmenes, *Las arquitecturas de Toledo*. Ambas publicaciones pueden calificarse como el hecho cultural más relevante de este año para la capital de Castilla-La Mancha.

No se agota con Galdós y Marañón la relación de intelectuales españoles que seducidos por Toledo nos han legado hermosas páginas. El último en hacerlo así es el más relevante humanista español vivo, don Julio Caro Baroja, con su *To-*

ledo, en la serie «Nuestras Ciudades».

Historia, verdadera y falseada, religión, religiones, teatro, literatura, magia, artes, pintura, todo ello en el crisol de Toledo. En suma, el libro de don Julio representa un magnífico ejemplo de lo que hoy se llama antropología de las ciudades, una excelente guía espiritual de las *cívitas* de la santa tolerancia.

Con toledanos de vocación como los indicados, bien prudentemente me he aconsejado eludir el componer por mí mismo un *canto* a Toledo. En expresión directa y sintética pueden encontrarse en todas cuantas obras de la literatura universal pasan en Toledo o por Toledo: «Imperial ciudad de Toledo, silla de reyes y corona de sus reinos, agradable sito, nobles caballeros y hermosas damas...». Así comienza *El desengaño amado y premio de virtud* de doña

María de Zayas y Sotomayor, una pluma entre las de los numerosos clásicos de nuestra literatura que se han referido a Toledo: Cervantes, Garcilaso, Lope de Vega, Tirso de Molina, Francisco de Rojas, Zorrilla, Calderón.

Todos fueron generosos con esta ciudad en sus epítetos y descripciones; también lo fueron con sus gentes, con gran loa de su buena condición: Cervantes, en *La fuerza de la sangre*, manifiesta que en el Toledo de su época había seguridad pública, pues su gente era justa y bien inclinada.

No menor es el reconocimiento de su buen castellano, o del ímpetu amoroso de los toledanos, materia de dramas y comedias, proclamado sobre todo por Lope: «yo cuando más tierno amo, doy sólo a lo toledano», o a otras cualidades de puro espíritu, como cuando Agustín de Rojas dice que

produce este lugar personas de peregrinos entendimientos y aptos para todo género de artes ingeniosas y de habilidad».

La seducción que Toledo inspira, arrebatada entendimientos y donde la humana *laudatio* no alcanza, lleva a perder el sentido. Así la mayor víctima del desordenado amor por Toledo fue, sin duda, el Padre Jerónimo Román de la Higuera, redactor de fabulados cronicones sobre los orígenes y la historia toledana, constructor imaginario del aparato documental que permitía confirmar las tradiciones, tanto como crear nuevas leyendas. No importa la falsificación, proclamo que lo que deslinda a los amantes de Toledo de sus meros observadores es el compartir la fe ciega en la más piadosa de las fábulas de Román de la Higuera: Toledo, como Roma y Jerusalém, se levanta sobre siete colinas. No hace falta com-

partir más con el laborioso jesuita, por mucho que nos enterezca, por ejemplo, la pretendida carta dirigida por los judíos toledanos a los de Jerusalém, en protesta por la condena de Cristo.

El equilibrio hay que buscarlo en ocasiones recurriendo a los foráneos, entre los que también se encuentran hombres discretos, como es el caso del embajador veneciano Andrea Navagero, visitador de Toledo al tiempo del fin de la guerra de las Comunidades, y, por tanto, de la Corte del Emperador Carlos en nuestra ciudad, de la que da una impresión sobria y justa. También son de relieve las noticias de Edmundo de Amicis, quien llegó a la ciudad precisamente en una víspera del Corpus, asimismo Richard Ford, Alejandro Dumas o Rainer María Rilke.

A los extranjeros hay que acudir para

poner a la pasión por Toledo algún contrapunto crítico. A tal fin permítanme Vds. la licencia de una cita, que será festiva, pues de pregonar festejos se trata.

El mencionado embajador Navagero, entre sus numerosas observaciones curiosas sobre Toledo y sus gentes, anota lo siguiente sobre la nobleza, dividida a la sazón en los bandos de Fuensalida y de Ribera: «En general los caballeros toledanos no poseen grandes bienes, pero, en cambio, están sobrados de soberbia, a la que llaman -dice Navagero- «fantasía».

Toledo, dice don Julio Caro, es una de esas ciudades en las que la acumulación de riquezas artísticas y culturales en un espacio tan pequeño representa, por un lado, un privilegio, pero, por otro, un peso, y concluye: Toledo es, a la vez, un lujo que tiene España y su problema es darle destino al lujo.

Pues bien, el peso, la gravosa carga que hizo a Toledo durante los dos pasados siglos no poder con su pasado, se supera gozosamente en el tiempo presente con la ingente obra rehabilitadora que ha comportado la capitalidad de la Comunidad Autónoma y su declaración como Patrimonio de la Humanidad.

En la otra cuestión, darle destino al lujo que para España es Toledo, son varios los protagonistas: destino es la capitalidad, la sede del Gobierno y de las Cortes Regionales, destino es la Universidad y también las Fiestas, sobre todo la toledana por excelencia, la del Corpus Christi.

La Universidad no es cosa nueva para Toledo, sino cosa que, bien acrecentada, hoy recuperamos, y con la ilusión de grandes proyectos para el tiempo inmediato.

Universidad y Toledo se ligan en la His-

toria a través del sabio Rey Alfonso y de preclaros arzobispos de la Mitra primada.

En Toledo se sitúa la Escuela de Traductores, que promovió primero el Arzobispo don Raimundo y un siglo más tarde el Rey Emperador, y en la obra de sus protagonistas se encuentra el origen de la Universidad Europea. Los textos de los clásicos recuperados a través de los sabios de Al Andalus, en feliz coyunda con judíos y cristianos, magistralmente descrita por Ramón y Gonzalo Menéndez Pidal, hacen posible el renacimiento del saber científico de la cultura clásica, oculto por el pesado manto de la noche de la Edad Media.

Mucho adeuda la Universidad española a la Mitra de Toledo y a sus prelados cardenales. Albornoz, fundador del Colegio de San Clemente o de los españoles en Bolonia, formador durante siglos y aún hoy en día,

de los mejores maestros de la ciencia jurídica hispana. Mendoza, fundador en Valladolid del Colegio de Santa Cruz, que durante tiempo valió tanto como la propia Universidad. Cisneros, fundador de la Universidad de Alcalá de Henares. Fonseca, fundador en la de Salamanca del Colegio que lleva su propio nombre y en Santiago de Compostela del que dio lugar a la propia Universidad Compostelana.

Don Julio Porres ha observado agudamente cómo en esta magna obra universitaria de los Cardenales Toledanos se realizó siempre bien lejos de la propia sede mitral, lo que ya censurara don Francisco de Pisa. La razón de este sorprendente fenómeno se encuentra en otra constante histórica toledana: la compleja relación entre los Primados y el poderoso cabildo catedralicio.

Precisamente la Universidad de Toledo va a surgir del propio Cabildo, del Maestre Escuela, o Rector de estudios, don Francisco Alvarez de Toledo, quien erigió en 1485 el Colegio de Santa Catalina, que reconociera como Universidad el Papa León X en 1520, confirmándolo el Emperador Carlos y Doña Juana mediante el otorgamiento de Estatutos, que le dieron título de Universidad Real y Pontificia, aunque fuera más lo último que lo primero, pues, como la de Salamanca, y a diferencia de la Universidad de Valladolid, Rector había de ser el Maestre Escuela de la Catedral, y no un otro cualquiera.

Hubo que esperar a la Primatura de don Francisco Antonio de Lorenzana para que un Cardenal asumiera como cosa propia la tarea de la Universidad de Toledo. Lorenzana, nuestro Cardenal ilustrado, «pa-

dre de los pobres» como reza su epitafio en la romana iglesia de Santa Cruz de Jerusalém, derramó su generosidad y laborioso ingenio, primero en Méjico y luego en Toledo y toda su diócesis. En cuanto a sus obras públicas, buen gusto por las artes y esplendidez en sus construcciones dice de él Sixto Ramón Parro que no ha habido quien le exceda ni aún le iguale: a él se deben el Nuncio, el Hospital de San Juan de Dios, el cuartel de San Lázaro y la Fonda de la Caridad, la reedificación del Alcázar y, sobre todo, el Palacio de la Universidad, con el mejor patio neoclásico de España, como ha escrito recientemente Pedro Navascués, sede hoy del Vicerrectorado de Toledo. No agotó sus fuerzas en la capital de la diócesis, y así debo destacar la construcción en Ciudad Real del Hospital de la Misericordia, sobrio y recio edificio que hoy

se rehabilita como Rectorado de la Universidad de Castilla-La Mancha.

Mucho es -he dicho- lo que la Universidad española adeuda a los Cardenales toledanos. Mucho más es lo que Toledo y su Universidad, y hoy la Universidad Regional, adeudan al Gran Cardenal Lorenzana. Por ello hoy pregonó que la Universidad le rendirá un magno homenaje en el próximo año 1992, que hará justicia también a su obra en la Nueva España, así como al español que en cruel destino patrio, hubo de morir en el exilio.

A esa herencia de relaciones entre Toledo y la Universidad quiere hoy honrar el presente de la Universidad de Castilla-La Mancha. Toledo se puebla de nuevo de colegiales mayores, de sopistas y manteistas, cinco mil jóvenes con renovado uniforme, en el que los vaqueros y todos los colores

del arco iris han sustituido los honestos hábitos de severo paño de los antiguos escolares. No se ha perdido, en cambio, el de los maestros y doctores. El Rector sigue portando, como el Cancelario o Maestro Escuela, la muceta obispal de terciopelo negro, forrada de raso carmesí. Doctores y Maestros siguen revestidos de toga, birrete y muceta de color de la respectiva Facultad, y así, con tales hábitos, se incorpora la Universidad este año y tras casi 150 años de ausencia, al Cortejo de la Procesión del Corpus. Así se suma la nueva Universidad a la tradición toledana de fama más universal: la Fiesta del Corpus Christi y su solemne procesión.

No se trata sólo de sumarnos respetuosamente a la tradición. La Universidad no es hoy un lugar de privilegio para la selectiva formación de los profesionales que re-

quería la vieja sociedad, de clérigos y juristas. La Universidad es hoy un servicio público de la más amplia demanda social, cuya prestación, que alcanza hoy a 17.000 estudiantes en la Región, ha sido posible por la Constitución y su hecho autonómico.

La tradición no es un límite, sino un acicate para la ampliación de la Universidad Regional, que en Toledo demanda una previsión de hasta 10.000 estudiantes, que encontrarán acogida junto al río en la Fábrica de Armas, sin que los Colegios Mayores y Residencias abandonen el casco histórico y den vida a nuestras viejas y hermosas calles y plazas.

La Universidad responderá al reto de don Julio Caro y será uno de los destinos y contenidos de ese lujo de España que es Toledo.

Si la Universidad ha dado ocasión a ser

yo llamado a pronunciar este Pregón, lo que en verdad lo justifica es el pregonar ese otro lujo toledano que son las fiestas del Corpus Christi y la solemne procesión.

Fiestas y procesión en las que Toledo resplandece más que nunca. Fiesta religiosa universal, pero que en Toledo ha encarnado en el cuerpo y en el alma de la Ciudad y de sus habitantes, con fuerza y esplendor tales que son los días en los que Toledo se vierte al mundo, al que ilumina sobre todo con los refulgores de esa joya descomunal que, en expresión de Galdós, es la gran custodia del maestro Arfe, al jugar sobre ella el sol.

La Fiesta del Corpus, a diferencia de otras, tiene un origen específicamente cristiano, sin relación alguna con manifestaciones de cultos antiguos, sin parangón con elementos de religión ninguna. Nace de la

voluntad del Papa Urbano IV en el año 1263 de celebrar el mayor misterio de fe de la Iglesia Católica.

La superación del claustro catedralicio como lugar de celebración y su traslación a las calles encuentra su causa y tiempo en nuestro siglo XVI. Al mismo tiempo que en Valladolid la pasión de Cristo sale de las iglesias y de la mano de las representaciones populares, vivas o iconográficas, se da lugar a los «pasos» procesionales de la Semana Santa, que en joyas de madera policromada, creadas por los Juan de Juni, Gregorio Hernández o Berruguete, continúan asombrando al mundo, en Toledo, los autos sacramentales contribuyen a poner en las calles y plazas las celebraciones religiosas del Corpus y dan lugar a la directa participación del pueblo en ellas, y de este modo a su dimensión popular y civil, de lo

que es expresión todo lo que acontecía en Toledo alrededor de la procesión y que el tesón y la ilusión de la Junta pro-Corpus han logrado con sumo éxito recuperar en estos años atrás.

De nuevo los toledanos engalantarán sus calles, el tomillo recubrirá los pavimentos y su perfume nos embriagará a todos. La Tarasca, expresión del Demonio vencido, hará las delicias de los niños y los mayores, la fiesta de toros congregará a los aficionados a la bravura, al valor y al arte. Y el Domingo, sí, el Domingo, el Cabildo y su Cardenal Arzobispo, acompañarán a la Joya descomunal asistidos por los viejos gremios y corporaciones, revestidos con sus más nobles lujos para mayor honor del Corpus Christi.

Pregonar las fiestas es anunciarlas y llamar a la alegría, pregonar el Corpus este

año es también clamar por el sosiego de las conciencias y el acomodamiento de los espíritus. Mi silencio sobre este punto como pregonero no sería manifestación de prudencia, creo, sino de descortesía. Por ello me permitiré la obligada licencia, acogido a su hospitalidad, de concluir el pregón de estas fiestas con la proclamación de una virtud de especial naturaleza y singular utilidad en ésta y otras graves cuestiones.

Trátase de los siguiente: Todos los argumentos en punto al debate de la ubicación cronológica de la fiesta religiosa y de la solemne procesión han sido expuestos y todos tienen su peso de razones. Pues bien, hay un principio o virtud que debe regir las conciencias en asuntos de tantas consecuencias prácticas y sociales, y es la virtud y conveniencia de obrar con armonía. Son palabras del Cardenal Primado, nuestro que-

rido don Marcelo, en su reciente Comunicación Pastoral. Y en la proclamación de esta virtud de la armonía, de la armonía entre las instituciones y entre los individuos, tiene don Marcelo más razón que un santo.

Pregonemos pues a la armonía como virtud que rija estas fiestas del Corpus y clamemos con armónico entusiasmo

¡Viva la fiesta
del Corpus Christi de 1991!



Al cabo de más de siglo y medio la Universidad se reincorpora a la Procesión del Corpus. El cortejo académico fue presidido por el Rector, Luis Arroyo, el Presidente del consejo Social de la UCLM, D. Francisco Luzón, el Rector de la Universidad Rey Juan Carlos, Ignacio Calleja, el Director General de la Academia de Infantería de Toledo, D. Luis Alejandro y el Gerente del Campus de Toledo, Gervasio Fernández.



Copia digital realizada por el
Archivo **Municipal** de **Toledo**



**UNIVERSIDAD DE
CASTILLA-LA MANCHA**